

# Pensamiento ambiental y biociudad

FELIPE ÁNGEL

**A**l igual que los animales, el humano flota alrededor de un eje geográfico para satisfacer sus necesidades. Los animales lo hacen determinados por las cadenas tróficas y las fuentes de agua. Aunque el ser humano ya no pertenece a las cadenas tróficas, no deja por ello de sentir la misma necesidad de alimento y de agua que los animales. Es la ciudad la que le garantiza la satisfacción del alimento y del agua y de sus necesidades básicas en general.

El cuadro general de lo que es una ciudad puede pensarse como un atraso en el mundo simbólico con respecto a los instrumentos físicos y la organización social. En efecto, estos últimos permiten la existencia de ciudades. Los alimentos llegan hasta la mesa urbana. El agua no falta en su baño, en su cocina o para lavar su ropa o su carro. Cada ciudad tiene su propia administración, su aparato estatal, su sistema de aprovisionamiento energético, su sistema educativo, su sistema de transporte o de salud, etc. No pasa igual con el mundo simbólico, aislado en un platonismo urbano donde no hay ejes referenciales para relacionarse con las plantas, la fauna, el agua y, en general, con los elementos del ecosistema. Vivir en la ciudad conlleva un ritmo determinado por estas características: ignorancia e indiferencia sobre cómo se resuelven las necesidades individuales.

El pensamiento ambiental es una fecunda manera de amar los ritmos. Saber último de cualquier saber, amar los ritmos fertiliza los caminos, tanto individuales como colectivos. Entonces, a través del pensamiento ambiental nos acercamos a lo cotidiano porque permite descifrar aquello en torno a lo cual se reúne la amplitud de los lapsos. Dentro de ese ir hacia y hasta el ritmo del día, dentro de ese sentirse y estar plenamente impregnados de esta época que llamarán nuestros días, el pensamiento ambiental nos abrió los párpados, nos sacudió los ojos y dirigió los vericuetos además de los paisajes anímicos de nuestras vidas. ¿Por qué? Porque nos obligó a pensar de nuevo las cuitas de este duro, contradictorio, único y esplendoroso mundo. La piel trajo la intuición y la intuición las preguntas. Las respuestas son el camino navegable a nuestra íntima Ítaca personal. Navegamos como Odiseo. Es decir, sobre el oleaje de la piel individual

de cada uno de nosotros como aquella o aquel que se construye barco impulsado por vientos colectivos. Nos urge vivir a plenitud. De ahí el carácter irredimible de la vocación de los ambientalistas.

No debemos rechazar la pregunta general que allí reside: ¿Por qué no coincide nuestra vivencia personal con las respuestas que recibimos de nuestra época? Respuestas en los diversos ámbitos de la vida y, por ende, en los diferentes saberes que los humanos hemos construido para decidir qué hacer ante el viento, ante el frío, ante las ganas de comer o de abrigarse, ante la sexualidad, ante la sensación de que nadie ha visto nuestros pensamientos del modo en que se deben ver, ante los árboles, ante la amistad o su contrario, ante la compasión, ante la pasión o ante la implacable neutralidad del sabor del agua; es decir, ante el pleno, específico y personal hecho vivencial. Así, desde la vida cotidiana, desde la vivencia compleja que es responder a los íntimos cuestionamientos o afirmaciones, el pensamiento ambiental nos ha llevado de paseo por la historia, por la ética, por la filosofía, por la medicina, por la literatura, por la antropología, por la química, por el mito, por la física, por la ecología *et similia*. Conviene un alejamiento tanto de la genérica postura de la Modernidad como del pensamiento postmoderno.

Desde allí nos apropiamos de otra pregunta básica. Pregunta que, quizá, resume las preguntas que hasta ahora nos ha dado por responder. Ésta es esa pregunta básica: ¿Ciudad? ¿Qué es eso? Quizá sea conveniente buscar el fondo del asunto. ¿Cuál es el fondo de un asunto, de cualquier asunto? ¿Cómo se determina? ¿Es ello posible? Gran parte del juego epistemológico actual cabe en esas tres preguntas. Para las corrientes radicales del pensamiento postmoderno es imposible determinar el fondo de un asunto. Equivaldría a construir un metarrelato, supondría aceptar que hay algo más importante que lo demás, implicaría abandonar la perspectiva individual de entender el mundo, conllevaría aceptar que no todo es incertidumbre, habría que convenir que el mundo se puede conocer y que alguna certeza cabe en ello. No están dispuestos a ello, a fuer de convertirse en una vanguardia más de la Modernidad. Esas son las respuestas que otorga lo exhausto de la época. Las mismas que dejan nuestros sentimientos mudos. Por ello el

El autor, filósofo, es profesor en la Universidad Santiago de Cali y en la Universidad Autónoma de Occidente de Cali, Colombia.

pensamiento ambiental es una búsqueda de nuestra propia vivencia y una respuesta compuesta por adquirir un ritmo de vida y en la vida. Ritmo específico. Ritmo que recibimos de nuestro proceso personal. Todo ambientalista, para serlo, se ha enfrentado, en primer lugar, a sí mismo. El ambientalismo es un proceso de transformación de personas concretas, es decir una vivencia educacional o, por el contrario, deviene simple moda. Pensar la ciudad es pensarnos a nosotros mismos.

**E**l fondo del asunto que nos convoca puede plantearse así: ¿Es la ciudad parte de la naturaleza? Si la ciudad no es parte de la naturaleza, entonces la manera en la cual ha de afrontarse la conquista de la identidad urbana resulta muy distinta de aquella otra basada en la hipótesis contraria, o sea que la ciudad es parte integral de la naturaleza. Ahora bien, salta a la vista un inconveniente con la perspectiva que niega que la ciudad sea una parte de la naturaleza. Cuando se acepta que la ciudad no es parte de la naturaleza, no queda más que declarar su carácter sobrenatural. Si no es natural, ha de ser sobrenatural. No tomaremos el sendero sobrenatural para comenzar el análisis respecto a la ciudad. Por lo tanto, al comienzo nos encontraremos como quien va en contravía en una autopista. Percibiremos que las señales de la época indican que la naturaleza se reduce a las mandarinas y a los tomates, a los pastos y a las aguas, a los leones y a los tsunamis, pero no a lo humano ni a lo construido por lo humano. En esa concepción de ciudad radica la poco encomiable joya de la corona que separa lo humano del reino de la naturaleza.

Hemos comprendido las raíces profundas y los frutos agrios de considerar lo humano por fuera de la naturaleza. Desde Kant la Modernidad tajó el proceso evolutivo en sustancias mutuamente aisladas, dejando a un lado el ecosistema y al otro lo humano. Naturaleza pasó a ser exclusivamente lo ecosistémico. Lo humano dejó de ser parte de la naturaleza. Esto, sin embargo, maneja matices. El organismo individual humano, el cuerpo, se acepta más fácilmente como una parte de la naturaleza, tanto por quienes confiamos en los resultados de la ciencia, en este caso el develamiento del genoma humano, como por aquellos que, con tácita aprobación, toman un remedio desarrollado mediante un experimento con otros mamíferos, conejos, chimpancés, ratones, etc. Confían en que su cuerpo reacciona igual al de los otros mamíferos. Hasta ese punto hemos avanzado. Las otras partes de lo humano el Pathos de nuestra época las expulsó de la naturaleza. Lo construido físicamente por los humanos, lapiceros, ventiladores, estufas, acueductos, pirámides o barcos, ni siquiera se nos ocurre preguntar si son parte de la naturaleza. Peor aun con la ciudad, puesto que es el máximo logro de la plataforma tecnológica de los últimos 7.000 años.

La cosa es más drástica: quizá la aventura humana tiene como camino irredimible el de la ciudad. La libertad ¿es parte de la naturaleza? El pensamiento ¿es parte de la naturaleza? Enseñémonos a nosotros mismos estas preguntas. Tal vez sea la manera de encontrar la respuesta en la cara de nuestros propios acontecimientos y en el de nuestros conciudadanos.

Hemos tratado de dotar de un horizonte a la pregunta básica: ¿Ciudad? ¿Qué es eso? Un pequeño horizonte, al menos un trazo de él, que permite intuir la lejanía que los siglos han impuesto entre la noción de naturaleza y la de ciudad. Quizá hoy en día no exista algo que se considere más alejado de la naturaleza que la ciudad. Es más. Se toman como antagónicas. Debemos realizar el pensamiento ambiental urbano en condiciones en las cuales, incluso, decimos coloquialmente que, cuando salimos de la ciudad, entramos en contacto con la naturaleza. Para nuestra época, salir de la ciudad supone entrar en la naturaleza y entrar en la ciudad implica salir de la naturaleza. Cambiar esa manera de estar en el mundo es el reto. Sin este paso la completa y real, vivencialmente íntima, pertenencia de lo humano a la naturaleza será nuestra utopía pero no nuestro lugar, nuestra esperanza pero no nuestro día.

La ciudad, vivir en ella, ser ciudadano, es la causa, no la consecuencia de este desvarío. ¿Cuál desvarío? El desvarío de pretender expulsar lo humano de los predios de la naturaleza. Es decir, de considerar que naturaleza es todo aquello que no es ciudad. La filosofía, el arte, el mito, la ciencia, los imaginarios colectivos, las actitudes no por compartidas menos individuales se moldean a partir de la experiencia urbana, no al revés. Igual la plataforma tecnológica y lo mismo la organización social. El saber ambiental, todo él; la actitud ambiental, toda ella; se enfrentan a su más potente, oculto y ceremonioso contrapeso cuando posan en la ciudad lo renovador que habita en sus ojos y que destila en su actuar.

Ser ciudadano conlleva ritmos alejados de los ritmos del ecosistema. Ambos ritmos son parte de la naturaleza. También los ciclos biogeoquímicos se rigen por un ritmo distinto del de las mariposas. La flora posee un ritmo diferente del de la fauna. Entonces, ¿por qué nos sorprendemos de que los ciudadanos vivamos a un ritmo distinto del de las otras partes de la naturaleza? En la naturaleza cohabitan manadas de multiplicidades, cada una de las cuales camina a su paso. Desde las ardillas hasta las arañas; desde los samanes de cientos de años hasta la flor más pequeña del valle del Cauca; desde la placidez de las ballenas que visitan nuestros mares hasta la prisa de un conductor de bus urbano. Pero los ritmos de las ardillas o arañas, de los samanes o de la flor del valle del Cauca, de las ballenas o del conductor de bus urbano, no están dados por ellos mismos. En la naturaleza nada va por su lado, nada está aislado. Sin embargo, hemos mencio-

nado la pertinencia de dos ritmos fundacionales, el ritmo ecosistémico y el ritmo humano. Esto se debe a que durante millones de años el ecosistema funcionó solo puesto que los humanos todavía no estábamos presentes. Funcionaba como un sistema. Ese sistema, ese ritmo, lo interrumpió la presencia humana en la Madre Tierra. Lo llamamos problemas ambientales. Se trata, pues, de dos sistemas de ritmar el funcionamiento de las cosas de este mundo. El uno, el ecosistema. El otro, lo humano.

Ahora bien, ¿en qué son distintos estos dos ritmos? El ciudadano sacia su sed sin buscar el agua, su ánimo sin amarla y su ética sin respetarla. El agua, digo, pero vale para la flora y la fauna, el cobre y el petróleo, los ladrillos y las escaleras. Están domesticados, casi todos ellos. Comencemos por aceptar ese hecho. Hoy en día, en su gran mayoría ni el agua ni la flora ni la fauna ritman sus acciones bajo su propia ley. Sus ritmos son los que la domesticación humana genera. El agua, la flora y la fauna, la arcilla de los ladrillos, la madera de la escalera vienen hacia el ciudadano cuando él lo desea. Le llegan transformados por la cultura. Lo denominamos domesticación. Sin esta noción de domesticación difícilmente podremos hacer pensamiento ambiental urbano. Es decir, llegar a la noción de biocidad. El agua en electricidad, la flora en azúcar o café, la fauna en un sabroso trozo de punta de anca, la arcilla en ladrillo y los árboles en escalera o escritorio. Al ciudadano le son presencias ajenas, salvo transformadas, salvo domesticadas. Presencias que en su estado ecosistémico no necesita conocer, no procura intuir, ni siquiera se le ocurre sentir cariño por ellas. El agua, la flora, la fauna, la madera, los metales, es decir, el ecosistema en su funcionamiento no intervenido por lo humano, hace miles de años es un exiliado de la ciudad.

Es grande la emoción que se pierde. El agua es el útero de lo diverso, tanto de la biodiversidad como de las otredades culturales. Es precario concebirla solo como la electricidad con la cual usamos el televisor o el computador. Sandías, frijoles y zanahorias reposan en la plaza de mercado con el rostro trivial de lo exento de la causalidad, como un conejo recién sacado del sombrero por el mago. Las aves que ingerimos no conocen más luz que la eléctrica ni más comida que la fabricada por mano humana. Conducido por el poderoso imperio de la costumbre, el ciudadano compra las mismas cinco o seis variedades, tanto de flora como de fauna, que aprendió a saborear en su infancia o en su adultez gastronómica. No disfrutamos de la biodiversidad o de las otredades culturales ni siquiera en la gastronomía.

Cuando la humanidad abandonó el nomadismo y adoptó el sedentarismo, es decir cuando construimos ciudades, no solo cambió el recorrido cotidiano con el cual llenamos las horas sino que, debido a ello, igualmente cambió la plataforma tecnológica, la ma-

nera de organizarnos socialmente y la forma de concebir el mundo. Los dioses urbanos, Marduk por ejemplo, asesinaron a los dioses de la selva, a Tiamat por ejemplo. Nacieron las camas, los armarios y las mesitas de noche. Acudieron a su cita con la fiesta de las presencias tanto los martillos como los ladrillos, la rueda como los acueductos. Se cobraron impuestos por primera vez pues por vez primera el Estado apareció como organización social.

Estas enormes transformaciones, aquí apenas unas pocas mencionadas, se realizaron sobre la pauta de negar la validez de la vida nómada. Los nómadas aprendían sobre las especies venenosas de la diversa flora, sobre las costumbres de los diferentes animales, los ritmos del agua y su ubicación, las vetas del buen sílex, el pentagrama pluvial de las nubes. Las flechas, las hachas, los ritos, los mitos, la educación, el lugar y función social de cada cual, todo ello en el nomadismo estaba imbricado con los ritmos del ecosistema. Era indispensable ir por ellos. La ciudad rechazó esa manera de vivir. La nueva estrategia adaptativa, la sedentaria, ridiculizó la anterior, la nómada. El ejercicio consistió en simplificar. La diversidad de las especies de flora quedó reducida a unas pocas. Lo llamamos agricultura. La diversidad de la flora comenzó a denominarse “maleza”, puesto que en el sembradío de lentejas o de caña de azúcar o de soja sobra el tomate. El principio de Gauss señala cómo cada especie de flora tiene un único comensal entre la multitud de especies de fauna. Por ende, una única especie de flora genera una única especie de fauna. Le dicen “plaga”. En el ecosistema jamás ha habido una “plaga”, precisamente porque hay “maleza”. La amplia fauna, tras la aparición de la agricultura, también se redujo a cinco o seis especies domesticadas y a las “plagas”. Los ríos empezaron a cambiar la transparencia del agua a medida que los humanos fuimos modificando su cauce para llevarlos a las ciudades y a los campos curtidos o agotados por una sola especie de flora.

El lobo, como buen carnívoro, respetuoso de su lugar en la cadena trófica, fue tenido por “lobito malo”, puesto que amenaza los herbívoros domesticados, las ovejas, las vacas o las gallinas. ¿Qué querían que hiciera un carnívoro? Como educadores y educadoras ambientales flaco favor hacemos a nuestro empeño cuando ignoramos que no solo ya buena parte de la filosofía, de la historia o de la ética sino que, incluso, los cuentos infantiles urbanos están contruidos contra el funcionamiento del ecosistema. Son gnoseologías sustentadoras de la domesticación. Hansel y Gretel se pierden en la selva. ¿Por qué se pierden? El pensamiento ambiental urbano no puede eludir esa respuesta. Ya sabemos muy bien, y a qué costo, que solamente las respuestas son ineludibles. Al pensamiento ambiental las preguntas le parecen esquemas direccionales. O sea, indicaciones hacia

donde dirigir el hilo educacional. Por el contrario, las respuestas son la tienda del día, el sentido de la plenitud en aquella repetible tarde, en aquel beso por sutil profundo, en aquella fruición vivificante que nos llevó a saber lo que es ser ciudadano. Hansel y Gretel se pierden en la selva porque es aquella parte de la Madre Tierra que no solamente dejaron de enseñarles sino a la cual los indujeron a tenerle miedo. Desde la infancia, el ecosistema no intervenido se nos presenta como algo extraño. Por ende, cuando así educados, nos sentimos unos seres extraños en aquella parte de la Madre Tierra que no es la ciudad.

En América Latina el período de la Colonia fue nefasto en este sentido: los centros urbanos eran dominados por los españoles y el resto del territorio por nuestros pueblos originarios. Por ende, desde la más tierna edad el infante urbano latinoamericano aprendió a aborrecer el ecosistema no intervenido y a amar la ciudad. No olvidemos que los infantes de los pueblos originarios aprendían lo contrario.

**D**esandar ese camino dentro del que el sedentarismo se conminó a pensarse, a sentirse, a celebrarse y a confinarse en el casco urbano, nos llevará a retornar a la Madre Tierra de la mano del pensamiento ambiental urbano. No se trata de renegar de la ciudad sino de habitarla. Habitar significa aprender a notar la emoción contenida al caminar por la misma vieja calle, entender la urbe como una parte más de la naturaleza pero no del ecosistema, racionalizar la dura dosis de domesticación, apropiarse del día, dejar de ser un turista dentro de las vivencias concretas de uno mismo en esta Madre Tierra; sí, claro. Pero, ante todo, habitar la ciudad significa situarse dentro del mundo. ¿Por qué estoy aquí, viviendo esto, caminando por la misma calle hacia mi casa? ¿Me alienta el apetito, la noble almohada y la profunda cobija o el esquivar la lluvia? ¿Me alienta llegar donde mis seres más cercanos? ¿Me alienta el gesto del espejo de mi habitación, ya cansado de reflejar mi figura? ¿Qué es habitar la ciudad si no significa darme la licencia de ser yo mismo? ¿Es mi mundo interior un extraño en esta Tierra? Sabemos que no es así pero es difícil dejar de sentirse así. Sin habitar la ciudad será poco probable que, quienes en ella transcurrimos los minutos que somos, podamos realmente residir en nuestro propio y personal mundo interior. La eficacia en las nes a las problemáticas urbanas pasa por una genuina, es decir emocionada y razonada, reconciliación con lo que es, con lo que implica y con lo que significa la ciudad. Su validez de naturaleza. No somos unos extraños en esta esfera azul, aunque con tan ardiente seso y pasión durante tantos siglos nos hayamos empeñado en serlo. La ciudad es construcción humana y, por ende, también parte integral de la naturaleza. Esta integralidad no la quita el hecho de que esté, hoy en día, construida de espaldas al ritmo del resto de la

naturaleza. Una biocidad consiste en construir puentes entre los dos ritmos básicos de la naturaleza, el del ecosistema y el de lo humano.

La ciudad es blanco de vilipendios tanto por parte del sobre-naturalismo de las ciencias sociales, incluidos mito y filosofía, como, igualmente, por parte del reduccionismo de las ciencias naturales. Para este último la ciudad es una infección que supura en el cuerpo de la biosfera. El ecologismo conservacionista alza su nimio dedo para falsamente acusar al ciudadano de “depredador”. El pensamiento ambiental basado exclusivamente en las ciencias naturales no pasa de ser una propuesta estúpida para el nomadismo pero hueca para el sedentarismo. Para aquel otro análisis, el sobre-naturalismo, el ser humano resulta un artificio por fuera de la naturaleza. Sin la ciudad no habrían podido enhebrar su telaraña argumental en una vivencia específica. En el nomadismo es imposible acuñar el platonismo sobre-naturalista, así como tampoco cabe la infatuación antropocéntrica. Tanto la noción de que el ser humano no pertenece a la naturaleza como la de que está por encima de las otras presencias de este mundo son productos urbanos.

Quizá el ambientalismo no deba dejar de lado la posibilidad de que la ciudad constituye parte integral de la naturaleza porque lo humano, por derecho propio, pertenece a la evolución al igual que las piedras, las montañas, las mariposas, las aves, los reptiles, las ballenas, los grandes simios o los huracanes. Establecido este punto, se presenta ante nuestros ojos un horizonte de perspectivas dentro del cual el peso voraz de la necesidad abre su aurora para determinar una tarea. ¿Cuál? La de enfrentar la construcción de biocidades. Como quien confía que hoy estamos aquí, sepamos bien que reconciliarnos con la ciudad, que hacerla parte de lo que es, parte de la naturaleza, no constituye anteojera ideológica ninguna que nos impida ver las procaces problemáticas urbanas. Por el contrario, este paso es aquel que cruza la frontera entre que la fortuna de nuestra labor resulte inane o sea eficaz. Mientras sigamos considerando la ciudad como algo extraño dentro de la naturaleza, como algo por fuera de la evolución, la vivencia urbana no será ambiental.

Durante los próximos años, décadas tal vez, los saberes ambientales se enfocarán en descifrar la ciudad. Es un proceso que comenzamos. Su generosidad temática, como una cebolla desvestida poco a poco, cubrirá un lapso más amplio que aquel correspondiente a una sola generación.

La finalidad del proceso de cambio urbano aquí planteado consiste en que los ciudadanos aprendan a sentirse parte integral de la naturaleza al habitar la ciudad. La única manera de habitarla a nosotros mismos al habitar la ciudad es sabiendo que, más que una extraña, es parte de la naturaleza.

Es necesario enunciar un territorio inicial del diálogo de saberes respecto a la ciudad. Primero, el ser humano pertenece a la evolución. Por ende, la ciudad, al ser producto antrópico, es parte integral de la naturaleza. Tan natural es un carro como una ballena, el pasto de un estadio de fútbol como las graderías. En la Madre Tierra cohabitan varios ritmos, que no son cosa distinta a fases de la complejización de la energía. Lo llamamos evolución. Si enseñamos la evolución debemos puntualizar a nuestros educandos que la ciudad es una parte de la evolución. Si creemos en la evolución, la noción de biocidad es ineludible. Segundo, el sedentarismo es una de las dos estrategias adaptativas básicas de la humanidad. La otra, el nomadismo. Tanto el mundo simbólico nómada como su plataforma tecnológica y su organización social se construyeron siguiendo el ritmo del ecosistema. Por ende, se respetaba el ritmo ecosistémico, aunque se le alterara. El sedentarismo, desde Grecia hasta nuestros días, está edificado sobre la base de que el ecosistema es un gran almacén del cual hay que extraer mercancías. Por lo tanto, durante siglos para el ritmo del ecosistema no existió ética ni filosofía ni mito ni legislación. Las generaciones futuras reconocerán que el movimiento ambiental actual, comenzado en la década de 1970, logró incrustar el saber ambiental en la conciencia colectiva. Tercero, la ciudad es causa y no efecto. Causa plural, por ponerlo así. O sea, causa de muchos caminos. Es causa de la diversidad de las maneras de concebir el mundo, tanto urbanas como rurales. El mundo simbólico causado por un puerto no puede ser el mismo que el de una urbe situada en los Andes. Rural, se acota, porque en el campo se

siembra, se extrae metal, energía fósil, se cambia el ritmo y el cauce de las aguas, etc., de acuerdo a las necesidades urbanas. La metafísica, por ejemplo, es imposible dentro del nomadismo. Es la hija mayor del sedentarismo. La ética, un ejemplo más, desde Platón pasando por Kant, Husserl y Heidegger, tiene un ámbito exclusivamente humano, que se le niega al ecosistema. La ciudad es causa, igualmente, de la plataforma tecnológica que nos acompaña. Incluso un tractor que ara una era es un hijo de la ciudad. La agricultura intensiva es una imposición urbana al mundo rural. Y es la ciudad, por último, causa del tipo de organización social vigente. El Estado y la ciudad son las dos caras de la misma hoja. Cuarto, para vivir como sedentarios hemos domesticado el biotopo y el bioma. En los últimos 200 años, una manera específica de domesticación agotó, y en ocasiones devastó, el ecosistema. Hoy la resiliencia, o sea la capacidad de supervivencia del ecosistema como funcionamiento sistémico, replica con diversas "Némesis", lucha por no morir, y lo llamamos problemas ambientales, desastres o catástrofes. Quinto, la ciudad no necesariamente deviene depredadora. Habitar la ciudad, tomado esto en el sentido aquí propuesto, implica llegar a una ciudad sustentable. Sentirse parte de la naturaleza conlleva respetarla, conocerla, acercarse a ella. Si fuéramos unos extraños en la Madre Tierra podríamos vivir sin el ecosistema. Como no somos extraños en la Pacha Mama los humanos no sobreviviremos solos, sin agua ni minerales, sin oxígeno ni flora, sin fauna ni temperatura adecuada.



Teatro Nacional

Alfredo Huerta